

## Los tres Cerditos



Erased una vez tres cerditos que vivían alegres con su madre. Como ya eran mayores, su mamá decidió que había llegado el momento de que marcharan del hogar y construyeran su propia casita en el bosque.

El primer cerdito pidió a un conocido suyo que le hiciese una choza en plan barato y el chapucillas aceptó sin más miramientos y sin pasar ningún presupuesto. Como era de paja, la construcción parecía muy endeble, pero al cerdito tampoco le importó.

El segundo hermano prefirió hacer una cabaña de madera. Pidió un presupuesto para saber cuánto le costaría la construcción y el albañil le dio un papel en el que sólo constaba el precio final de la obra, sin detallar ningún otro concepto. El cerdito estaba muy orgulloso de su bonita cabaña.

El tercero, más avisado, optó por construirse una casa de ladrillos y cemento. Pero buscó una empresa legalmente constituida y pidió un presupuesto detallado en el que aparecían las indicaciones de la obra que se iba a realizar, el desglose de los materiales empleados, la fecha de finalización, la mano de obra, la forma del pago y el IVA. Tardaría más en construirla, pero se sentiría más protegido. Después de varios días de arduo trabajo, la casa quedó preciosa.

No había pasado mucho tiempo cuando un lobo que merodeaba por el bosque se acercó a las casas de los cerditos. Hambriento, el lobo se dirigió a la choza del primero y dijo:

- ¡Abreme la puerta o soplaré y tu casa derribaré!

Como el cerdito no la abrió, el lobo sopló con fuerza y echó abajo la casa de paja. El cerdito, temblando de miedo, salió corriendo y entró en el refugio de madera de su hermano.

El lobo corrió tras él hasta la segunda casa, llamó a la puerta, y amenazó:

- ¡Abreme la puerta o soplaré y tu casa derribaré!

Pero el segundo cerdito no la abrió; el lobo sopló y sopló, y la cabaña salió volando por los aires. Asustados, los dos cochinos corrieron y entraron en la casa de ladrillo de su hermano.

Pero, como el lobo estaba decidido a comérselos, llamó a la puerta y gritó:

- ¡Abreme la puerta o soplaré y tu casa derribaré!

Y el tercer cerdito, seguro de sí mismo, respondió:

- ¡Sopla lo que quieras, pero no la abriré: esta casa está garantizada por un periodo de diez años!

Entonces, el lobo sopló y sopló. Sopló con todas sus fuerzas, pero la casa ni tan siquiera se movió. Nervioso y hambriento se puso a dar vueltas, buscando algún sitio por el que entrar y, al final, trajo una escalera, subió al tejado y se deslizó por la chimenea. Pero el cerdito mayor, muy previsor, había puesto al fuego una olla y la fiera cayó sobre el agua hirviendo y se escaldó.

Escapó de allí dando unos terribles aullidos que se oyeron en todo el bosque.

Y, así, los cerditos que habían perdido sus hogares encargaron unos nuevos. Pero esta vez no pasaron por alto concretar el presupuesto y los pormenores de la construcción, para poder disfrutar de sus casas con toda garantía.

### **Debes saber...**

**La Ley de Ordenación de la Edificación establece el régimen de responsabilidades de las personas físicas o jurídicas que intervienen en el proceso de la construcción por los vicios o defectos que se produzcan en la misma :**

**. Durante diez años, de los daños materiales causados a un edificio por vicios por defectos que afecten a las cimentación, soportes, vigas, forjados, muros de carga u otros elementos estructurales que comprometan directamente la resistencia mecánica del edificio.**

**. Durante tres años, de los daños materiales causados al edificio por vicios o desperfectos de los elementos constructivos o de las instalaciones que ocasionen el incumplimiento de los requisitos de habitabilidad.**

**. Durante un año, de los daños materiales por vicios o defectos de ejecución que afecten a elementos de terminación o acabado de las obras.**

## La Cenicienta



Cenicienta era una joven muy bella que no tenía padres. Desde muy pequeña vivía con su madrastra, una mujer de agrio carácter que le hacía la vida imposible. También tenía dos hermanastras, muy cursis y remilgadas, que la trataban con desprecio y la obligaban a realizar los trabajos más duros de la casa.

Un día, el joven príncipe decidió que había llegado el momento de encontrar esposa. Así que organizó una gran fiesta a la que iba a invitar a todas las doncellas del reino.

- Tú, Cenicienta, no irás -dijo la madrastra-. Te quedarás en casa haciendo las labores y preparando la cena para cuando volvamos.

Llegó el día del baile y, al ver como sus hermanastras vestían sus mejores galas, Cenicienta rompió a llorar desconsolada por no poder asistir al festejo. Se quedó sola limpiando, fregando y recogiendo todo.

- ¿Por qué seré tan desgraciada? -exclamó-

De pronto, alguien llamó a su puerta. Cuando Cenicienta fue a abrir, encontró sobre el felpudo un catálogo de los almacenes “El Hada Madrina”. El folleto ofrecía un kit de baile que consistía en un traje de corte imperio, un vehículo último modelo y unos zapatitos de cristal. Todo ello por un módico precio. Cenicienta cogió todos sus ahorros y se encaminó hacia los almacenes a comprarse el kit para asistir al baile. Tenía poco tiempo, así que pagó y cogió la factura. Luego, rauda y veloz, se puso el traje, los zapatos y salió corriendo hacia la fiesta en su flamante automóvil.

La llegada de Cenicienta al Palacio causó gran admiración. Al entrar en la sala de baile, el príncipe quedó tan prendado de su belleza que bailó con ella toda la noche. Sus hermanastras no la reconocieron y se preguntaban quién sería aquella hermosa joven.

En medio de tanta felicidad, Cenicienta oyó sonar en el reloj de palacio las doce campanadas y su vestido comenzó a desvanecerse como por arte de magia. Avergonzada, salió del palacio tan deprisa como pudo, perdiendo en su huida un zapato que el príncipe recogió desconcertado.

En el trayecto que separaba el Palacio de los grandes almacenes, el coche se convirtió en una calabaza y la pobre Cenicienta quedó descalza y tirada en medio de la carretera. A duras penas, llegó hasta los almacenes. Allí, pidió el libro de reclamaciones, ya que los artículos habían sido defectuosos.

En los almacenes “El Hada Madrina” no le hicieron caso, porque el producto contenía unas instrucciones muy precisas respecto a su durabilidad. La Cenicienta se llevó un gran disgusto por no haber leído la letra pequeña, que decía: “... cuando el reloj del palacio de las doce campanadas, desaparecerá el traje y el vehículo se convertirá en una calabaza...”.

A pesar de todo, Cenicienta insistió y presentó la reclamación. Estaba segura de que la garantía de los vehículos superaba una jornada y tenía sus serias dudas respecto a los trajes volátiles. Después, desconsolada, se marchó a su casa con un zapatito de cristal pero sin vehículo, sin traje y sin todos sus ahorros.

La reclamación siguió su curso, pero por desgracia los artículos que componían el kit de baile se ajustaban a la descripción realizada por “El Hada” en la venta, por lo que los productos no tenían, pese a su corta vida, “falta de conformidad” respecto a lo ofertado.

Entre tanto, el príncipe quedó desolado por la huida de la muchacha y decidió buscarla por todo el reino. Tomó la decisión de casarse con aquella que pudiera calzarse el zapato. Las doncellas se lo probaban en vano, ya que ninguna conseguía hacer entrar su pie dentro del zapatito.

Los alguaciles del príncipe seguían buscando a la futura princesa, y al fin llegaron a casa de Cenicienta. Sus hermanastras no pudieron meter sus enormes pies en el zapato, pero cuando se lo puso Cenicienta vieron con estupor que le estaba perfecto.

Y así, sucedió que el Príncipe se casó con la joven y fueron muy felices.

**Debes saber...**

Si no queremos llevarnos sorpresas, es conveniente leer las instrucciones de los artículos que adquirimos, incluida la letra pequeña. Salvo prueba en contra, se entenderá que los productos son conformes con el contrato siempre que se ajusten a la descripción realizada en la compraventa.

El vendedor responderá frente al consumidor y usuario de la falta de conformidad que se manifieste en un plazo de dos años desde la entrega del producto. En los de segunda mano, el vendedor y el consumidor y usuario pondrán pactar un plazo menor, que no podrá ser inferior a un año desde la entrega.

## Caperucita Roja



Había una vez una niña muy guapa a la que todo el mundo llamaba Caperucita Roja porque su madre le había hecho una capa roja que siempre llevaba puesta. Un día, su mamá le pidió que llevase una tarta y unas medicinas a casa de su abuelita, que se encontraba muy enferma, al otro lado del bosque.

Caperucita, muy diligente, metió todo en su cesta y se puso en camino. Cuando llegó a la entrada del bosque se encontró con el lobo, que, aún escaldado tras su aventura con los cerditos, trabajaba ahora en una agencia de viajes.

- ¿A dónde vas, pequeña? -le preguntó con su voz ronca-

- Voy a llevar unas medicinas y una tarta a casa de mi abuelita, que está muy enferma -dijo Caperucita-

- Una tarta, con el hambre que yo tengo. ¿Y dónde vive tu abuelita?

- Al otro lado del bosque -respondió la niña-

Entonces, el lobo abrió una enorme maleta que siempre llevaba consigo y sacó un catálogo que entregó a Caperucita.

- Si tienes que atravesar el bosque, es mejor que vayas por este camino; es un circuito muy interesante. En pago, tú me darás esa tarta tan sabrosa que llevas en tu cestita.

Caperucita prestó mucha atención a todas las indicaciones que le dio el lobo. El itinerario era muy atractivo, pues incluía una visita guiada a la cascada del río y una entrada al jardín de las amapolas.

Pensó que aquella propuesta era estupenda: podría recoger un gran ramo de amapolas para su abuelita y llevarle las medicinas a tiempo para la merienda.

Así que aceptó la oferta.

Pero Caperucita no tuvo la precaución de quedarse con la documentación necesaria en la que aparecían indicadas las condiciones que incluía el viaje; es decir, la contratación del guía y la entrada para el jardín. Por lo que cuando llegó a la cascada del río, no apareció ningún guía, y al llegar al jardín de amapolas no le permitieron entrar. Caperucita, pesarosa, prosiguió su camino.

Mientras tanto, el lobo se fue a casa de la abuelita, llamó suavemente a la puerta y la anciana abrió pensando que era Caperucita. El lobo se abalanzó sobre la mujer y se la zampó de un bocado. Luego, se puso la bata de la pobre abuela, se metió en la cama y cerró los ojos. Al poco apareció Caperucita Roja, muy disgustada por llegar tan tarde y porque ya no tenía ni la tarta ni las amapolas.

La niña se acercó a la cama y vio que su abuela estaba muy cambiada.

- Abuelita, abuelita, ¡qué ojos más grandes tienes!

- Son para verte mejor -dijo el lobo tratando de imitar la voz de la anciana-

- Abuelita, abuelita, ¡qué orejas más grandes tienes!

- Son para oírte mejor -siguió diciendo el lobo-

- Abuelita, abuelita, ¡qué dientes más grandes tienes!

- Son para... ¡comerte mejor! -y, diciendo esto, el lobo se abalanzó sobre Caperucita y se la comió-

Después de aquel banquete, el lobo se quedó profundamente dormido.

Entonces, Caperucita y su abuelita empezaron a dar gritos de auxilio desde el interior de la barriga. Los gritos fueron oídos por un leñador que pasaba por allí y se acercó a la casa. Pronto se dio cuenta de todo lo que había sucedido y abrió la panza del lobo, salvando así la vida de Caperucita y de la abuela.

Después, llenó la enorme barriga con todos los catálogos que tenía el lobo en su maleta y la cosió. Cuando la fiera se despertó, sintió muchísima sed y se

dirigió a un estanque próximo para beber. Como los catálogos pesaban mucho, cayó en el estanque de cabeza y estuvo a punto de ahogarse.

La niña y su abuela no habían sufrido más que un gran susto, pero Caperucita Roja había aprendido la lección. Prometió a su abuelita no hablar con ningún desconocido ni contratar ningún servicio de viajes sin conservar la documentación necesaria en la que se especificasen todas las condiciones (entradas, visitas guiadas, horarios, etc...). No seguir estos consejos sólo servía para perder el tiempo y sufrir muchos quebraderos de cabeza.

### **Debes saber...**

**Conviene diferenciar entre la contratación de servicios sueltos (compra de un billete de tren o avión, reserva de una plaza de hotel...) y la de un “viaje combinado”, entendiéndose como tal la combinación de al menos dos servicios (traslado y alojamiento, alojamiento y alimentación, etc), vendidos u ofrecidos a un precio global, cuando dicha prestación sobrepase las 24 horas o incluya una noche de estancia.**

**El detallista u organizador de un viaje combinado deberá poner a disposición de sus clientes un programa o folleto informativo que contenga por escrito la correspondiente oferta, incluyendo una clara, comprensible y precisa información sobre sus características: destinos, medios de transporte, calendario, alojamientos, comidas, precio final incluidos impuestos, número mínimo de participantes, etc.**

**La información contenida en el programa será vinculante para el organizador y el detallista del viaje combinado, salvo que los cambios se hayan comunicado claramente por escrito al consumidor antes de la celebración del contrato y tal posibilidad esté expresamente recogida en el programa/oferta, o de que se produzcan posteriormente modificaciones previo acuerdo por escrito entre las partes contratantes.**

### **El traje nuevo del Emperador**



Hace muchos años vivía un Emperador que gastaba buena parte de su inmensa fortuna en estrenar los más variados ropajes. Tenía un vestido para cada ocasión. Es más, tenía un traje para cada hora del día. Tal era la fama del Emperador, que a diario llegaban nuevos tejedores de todas las partes del mundo para confeccionar los trajes más maravillosos. Un día, se presentaron dos truhanes que se hacían pasar por tejedores, asegurando tejer las telas más extraordinarias. No solamente los colores y dibujos eran hermosísimos, sino que las prendas con ellas confeccionadas poseían la milagrosa virtud de ser invisibles a toda persona que no fuera apta para su cargo o que fuera irremediabilmente estúpida. El Emperador quedó fascinado y pensó:

- Podría distinguir entre los inteligentes y los tontos y averiguar qué funcionarios del reino son ineptos para el cargo que ocupan.



Así que inmediatamente entregó a los dos bandidos un buen adelanto en metálico para que se pusieran manos a la obra. Sin embargo, el Emperador se fió de los nuevos tejedores y no tuvo la precaución de recoger un recibo por la cantidad entregada a cuenta.

Los ladrones montaron un telar y simularon trabajar. Mientras tanto, se suministraban de las sedas más finas y del oro de mejor calidad. El Emperador estaba ansioso por ver las telas, pero había una cuestión que lo tenía un tanto preocupado: un hombre que fuera estúpido o inepto para su cargo no podría ver lo que estaban tejiendo. No es que temiera por sí mismo, sobre este aspecto estaba tranquilo, pero, por si acaso, decidió enviar primero a otro. Así que mandó al primer ministro a la sala ocupada por los dos supuestos tejedores. Al entrar en el cuarto, el anciano se llevó un buen susto.

- ¡Madre mía, si no veo la tela!

Pero no dijo ni palabra. Los dos bandidos le rogaron que se acercase y le preguntaron si no encontraba magníficos los colores y los dibujos. Le señalaban el telar vacío y el pobre hombre seguía con el rostro desenchajado, sin conseguir ver nada. Pero los bandidos insistían:

- ¿No dices nada del tejido?

El hombre, asustado, acabó por decir que le parecía un trabajo estupendo y que trasladaría al Emperador que el traje era digno de su persona. Los estafadores pidieron más dinero, más oro, y el mandatario accedió nuevamente a su demanda, sin exigir recibo ni explicación alguna.

El Emperador, impaciente, quiso ver aquella maravilla con sus propios ojos. Seguido por su comitiva, se encaminó a la casa de los estafadores. Al entrar, no vio nada. Los bandidos le preguntaron sobre el admirable trabajo y el soberano pensó:

- ¡Pero si no veo el traje. Esto es terrible! ¿Seré tonto o acaso no sirvo para gobernar?. Sería espantoso...

Por miedo a perder su cargo, el emperador dijo:

- ¡Oh, sí: la tela es muy bonita. Me gusta mucho!

Todo su séquito, aterrado, miraba y no veía nada. No entendían al Emperador, que no se cansaba de lanzar elogios a los atuendos y a las telas. Fingía estar tan entusiasmado que se propuso estrenar uno de los trajes en el próximo desfile imperial. Los dos bribones fueron condecorados y nombrados maestros tejedores. El Emperador se probó el supuesto traje delante del espejo. Se miraba de arriba abajo sin conseguir ver nada, pero todos exclamaban:

- ¡Qué bien le sienta!. ¡Es un traje precioso!

Fuera, la comitiva esperaba. Y el Emperador salió y desfiló por las calles del pueblo completamente desnudo. El pueblo entero fingía ver aquel maravilloso traje para no ser tenido por incapaz o por estúpido, hasta que... de pronto... un niño exclamó:

- ¡Pero si no lleva nada!

- ¡Dios bendito, escuchen la voz de la inocencia: es un chiquillo el que dice que no lleva nada! -dijo el primer ministro-

- ¡Pero si no lleva nada! -gritó al fin el pueblo entero-

Aquello inquietó al Emperador que, ciego de ira, corrió a buscar a los dos estafadores para recuperar todo el dinero que les había dado. Pero no pudo demostrar nada puesto que no había guardado ninguno de los justificantes del dinero entregado a cuenta. Tampoco había acordado mediante un contrato los pormenores de la confección y las características de las telas. Sin embargo, el

primer ministro, que era un hombre sabio, le sugirió que les diese un escarmiento pidiendo las hojas de reclamaciones a los timadores. Así lo hizo, haciendo constar que el traje, al ser de confección a medida, debía ir acompañado de una información que señalase la composición de la tela, las indicaciones para su lavado, planchado y secado, etc.

Los dos estafadores, que ni tan siquiera tenían libro de reclamaciones, recibieron al final el castigo que merecían.

### **Debes saber...**

**Todos los bienes y servicios puestos a disposición de los consumidores y usuarios deben incorporar o facilitar de forma clara y comprensible información veraz, eficaz y suficiente sobre sus características esenciales; en particular, el nombre y dirección completa del productor, la composición e instrucciones para un correcto uso del objeto, advertencias y riesgos previsibles, etc.**

**El comerciante o profesional deberá facilitar al consumidor o usuario un justificante detallado de toda cantidad que éste le entregue a cuenta en relación con el objeto del contrato.**

**Con carácter general, los comerciantes o profesionales que dispensen servicios a terceros deben tener hojas de reclamaciones (de acuerdo con el modelo oficial, compuesto por tres copias autocalcables) a disposición del consumidor o usuario. Se excluye de esta obligación a los espectáculos públicos, a las actividades recreativas, a los profesionales colegiados, y a los servicios prestados directamente por las Administraciones Públicas. El reclamante cumplimentará la hoja de reclamaciones en el establecimiento, dejando en éste el ejemplar rosa y llevándose el blanco (que entregará en la Administración: Servicio Territorial de la Junta de Castilla y León, OMIC...) y el verde, que conservará como justificante.**

## Los siete cabritillos y el lobo



En un bosque muy lejano vivía una cabra que tenía siete cabritillos. De vez en cuando, Mamá Cabra tenía que ir al mercado de la ciudad para comprar comida y así mantener a su familia.

Un buen día, Mamá Cabra dijo a los cabritillos:

- Hijitos míos, tengo que ir al mercado. Os quedáis solos. No abráis la puerta a nadie. Mirad que hay gente que viene por las casas vendiendo todo tipo de artículos...

- ¡No abriremos a nadie más que a ti! ¡Vete tranquila! -dijeron los cabritillos-

Mamá Cabra tomó su canasto y se fue al mercado.

El lobo, después de la fatal experiencia que había tenido como agente de viajes, decidió dedicarse a la venta a domicilio, y de nuevo llenó de catálogos y de pequeños electrodomésticos que pretendía vender por las casas la enorme maleta que siempre llevaba consigo.

Cuando llegó a la casa de los cabritillos y supo que Mamá Cabra había salido, se relamió de gusto pensando en los pequeños que se habían quedado solos. ¡Toc, toc, toc! Los cabritillos preguntaron:

- ¿Quién llama?

- Me llamo Mister Feroz, y vengo a ofrecer una serie de productos de última generación para hacer más cómoda la vida en el hogar. Especialmente este robot de cocina que bate, pica, monta y es capaz hasta de separar las yemas de las claras. Si me dejan entrar, les haré una demostración y, si lo adquieren, se llevan de regalo este minigabinete de estética.

- ¡No te abriremos! ¡Eres el lobo! Tienes la voz muy ronca y nos das miedo. - contestaron los cabritillos, sin abrir la puerta-

El lobo, muy furioso, comenzó a dar vueltas alrededor de la casa buscando por dónde entrar, y al final pensó:

- ¡Ya sé lo que voy a hacer! Tengo la solución al alcance de mi mano.

Abrió la maleta, sacó el robot y una docena de huevos que llevaba para realizar la demostración, separó las yemas de las claras y se las comió. Gracias a los huevos, se le puso una voz fina y melodiosa.

Volvió a casa de los cabritillos. ¡Toc, toc, toc!, llamó a la puerta.

- ¿Quién es? -preguntaron desde dentro-

- Mister Feroz. Espero que ahora no os asuste mi voz. Os traigo un montón de cosas que seguro os van a gustar: un aspirador, un robot de cocina, una tostadora, una licuadora... y además, de regalo, el minigabinete de estética, una delicia para cualquier cabra que se precie.

Al oír aquella voz los cabritillos se quedaron más tranquilos y pensaron:

- Con todo lo que hace nuestra mamá por nosotros, bien podíamos regalarla alguna de esas cosas tan maravillosas.

Pero el hermano pequeño, que era muy listo, dijo:

- ¡Enséñanos la patita por debajo de la puerta!

Y el lobo no tuvo más remedio que enseñar su pata peluda, con unas uñas muy afiladas.

- ¡Eres el lobo! ¡No te abriremos! -le gritaron los cabritillos-

La fiera se puso aún más furiosa que la primera vez. Nuevamente abrió su maleta y sacó el minigabinete de estética, se depiló las patas y se limó las uñas. ¡Toc, toc, toc!, llamó de nuevo a la puerta.

- ¿Quién llama? -preguntaron desde dentro-

- Traigo una maleta llena de cosas buenas que podéis regalar a vuestra madre -dijo el lobo con su voz dulce y suave-

- ¡Enséñanos la patita por debajo de la puerta!

El lobo enseñó su pata, perfectamente arreglada.

- Esta vez sí que es de fiar -pensaron todos-. Sacaron sus ahorros y abrieron la puerta.

El lobo, una vez dentro, vendió el robot de cocina y dijo:

- Podéis estar tranquilos, porque si no os gusta tenéis un mes para devolverlo.

Pero el más mayor de los cabritillos respondió:

- Eso es mentira, el plazo es de siete días.

El lobo se puso tan furioso que, ciego de ira, se comió a los cabritillos y muy satisfecho se fue camino de su guarida. Pero no se los había comido a todos: el más pequeño se había escondido en la caja del reloj.

Al cabo de un rato llegó Mamá Cabra y se encontró la puerta abierta y la casa vacía:

- ¡Ay, mis hijitos! ¡Seguro que a todos se los ha llevado el lobo!

- ¡Quedo yo! -exclamó el pequeño, saliendo de la caja del reloj.-

Mamá Cabra y su hijo comenzaron a seguir las huellas de la malvada fiera. Encontraron al lobo recostado a la sombra de un árbol junto a su maleta. La barriga le pesaba tanto que se había sentado a descansar y se había quedado dormido.

Mamá Cabra se acercó silenciosamente, abrió la tripa del lobo y liberó a los cabritillos. Luego, entre todos le llenaron la barriga con todos los utensilios que llevaba en la maleta (una aspiradora, tres licuadoras, dos tostadoras y seis gabinetes de estética), se la cosieron y se escondieron. Cuando el lobo se despertó, sintió mucha sed y se acercó al río para beber, pero la barriga le pesaba tanto que se cayó en el agua, empapándose hasta los huesos.

Los siete cabritillos se fueron a casa para comer las ricas cosas que Mamá Cabra había comprado en el mercado.

### **Debes saber...**

**Los contratos de venta domiciliaria deben contener, con carácter destacado y en la parte superior del lugar reservado para la firma del cliente, una referencia clara y precisa al derecho a desistir de dicho contrato.**

**Este debe fecharse y firmarse en doble ejemplar por consumidor y usuario e ir acompañado del documento de desistimiento. Una vez suscrito el contrato, el empresario o la persona que actúe por su cuenta entregará al consumidor y usuario uno de los ejemplares y el documento de desistimiento.**

**Si el cliente desea echarse atrás, decisión que no deberá justificar, debe enviar este último documento al empresario en los siguientes siete días naturales, plazo que empezará a contar desde la recepción del documento de desistimiento si ésta es posterior a la entrega del producto contratado o a la celebración del contrato si su objeto es la prestación de servicios. El desistimiento obliga al vendedor a reintegrar, sin retención de gastos, el dinero recibido en el plazo máximo de treinta días, y al consumidor a devolver el producto. El cliente no debe cargar con ningún gasto de devolución.**

### **Pinocho**



Pepito Grillo estaba muy triste porque no tenía un amigo con el que jugar. Así que se fue al taller de un viejo carpintero llamado Geppetto para encargarle un muñeco que le hiciese compañía. Pero Pepito no tuvo la precaución de especificar las características de su pedido, quedando su confección a criterio del artesano. Por realizar el trabajo, Geppetto cobraría dos monedas. Geppetto comenzó a construir un muñeco de madera de pino, al que llamó Pinocho. Sin embargo, debido a su avanzada edad y a los problemas que tenía con la vista, le talló un pierna más larga que otra, tres orejas y cuatro ojos. Al día siguiente, cuando Pepito Grillo fue a la carpintería no daba crédito a lo que veía. Esa no era la idea que él tenía para su amigo de madera. No obstante, pagó las dos monedas y se marchó con Pinocho. La gente comenzó a burlarse de Pepito y de aquel monigote tan feo. Los vecinos le tomaban el pelo porque, para colmo de males, cada vez que el grillo afirmaba que su amigo de madera era muy guapo a Pinocho le crecía la nariz.

Fue entonces cuando Pepito pensó que había llegado el momento de devolver el muñeco; el carpintero debería construirle uno nuevo.

Pero Geppetto dijo que, sintiéndolo mucho, no podía acceder a su petición, porque le había encargado un muñeco de madera y eso es lo que él le había entregado. Ahora bien, si quería otro Pinocho le costaría otras dos monedas. Entonces, Pepito Grillo, muy furioso, solicitó la devolución del dinero. Pero Geppetto, que conocía bien la normativa aplicable a estos casos, se negó en redondo, ya que en la petición del trabajo no había quedado recogida ninguna característica del juguete. El carpintero lo construyó lo mejor que supo y siguiendo su propio criterio, por lo que no estaba obligado a admitir el cambio del muñeco ni a devolver su importe.

### **Debes saber...**

**Cuando el consumidor solicite productos fabricados a medida (un mueble, etc), y que por tanto no pueden ser comprobados en el momento de su contratación, deberá especificar por escrito las particularidades del encargo, así como su coste económico. Esa descripción determinará, en su caso, la falta de conformidad: así, si el producto recibido no responde a lo contratado, el consumidor podrá exigir una rebaja de su precio o la resolución del contrato, pero no la sustitución del bien.**

***Ninguna parte de esta publicación –‘Cuentos y cuentas’ editada por el Ayuntamiento de Miranda de Ebro con la colaboración de la Junta de Castilla y León- podrá reproducirse, grabarse o transmitirse en forma alguna, cualquiera que sea el método utilizado, sin autorización escrita, expresa y previa del Ayuntamiento mirandés y de los autores respectivos del elemento a reproducir (Javier Villegas Ortiz para los cuentos, Olga López Roa para los textos legales y Ángel Benito Gaztañaga para las ilustraciones)***